

¿ES POSIBLE PRACTICAR LA VIDA CRISTIANA?

Caminando hacia Pentecostés en este tiempo de Pascua, viene bien una reflexión sobre el impacto que ejerce en los alejados de la fe cristiana el modo de comportarse de los cristianos activos en las comunidades concretas, como son las parroquias y otros. Porque en los primeros siglos como ahora, había gente que, deseosa de una vida más verdadera, se acercaba a los cristianos atraída precisamente por el modo de comportarse de estos seguidores de Cristo. Sin duda, entonces tampoco faltaban, como hoy, quienes afirmaban que la moral que enseñaban los cristianos era, sin más, impracticable. No obstante, al conocer más de cerca la vida de la Iglesia, que es la vida de los cristianos, experimentaban que aquella vida de los seguidores de Cristo era posible.

¿Qué sucede hoy? Nadie duda que entre los no cristianos y los bautizados alejados, los cristianos coherentes, testigos fieles, siguen atrayendo por su manera de comportarse. Pero, creo yo, el fenómeno de una comunidad cristiana atrayente a personas sin fe, apenas se da. Sí, bautizamos a adultos, pero no se puede decir en general que la vida de los cristianos en esta sociedad plural atraiga a los alejados por nuestra manera de amarnos, por nuestro tenor de vida, por nuestro ejemplo –que existe- de no pocos cristianos admirables, que hoy siguen de cerca al Señor.

Pero esta situación tampoco es nueva en la Iglesia, como para “rasgarnos las vestiduras” y decir: “No merece la pena ser cristianos, porque vamos de mal en peor y la Iglesia no cambia”. Así pues, parece que es mejor hacer lo que se pueda y entrar en esa especie de pasotismo eclesial que termina por decir: “Lo mejor es ocuparse de sí mismo y desconfiar de lo que pueda hacer la Iglesia, que siempre va con retraso”.

Yo, por convicción, no por ser obispo, estoy en total desacuerdo con esta postura de escepticismo que no ve más allá de lo que exteriormente acontece en la Iglesia e impide ver un horizonte más amplio. Trataré de explicarme. Decía san Cipriano, obispo de Cartago del siglo III, mártir de Cristo: “Cuando me encontraba aún en una noche oscura, me parecía sumamente difícil y arduo realizar lo que la misericordia de Dios me proponía... Estaban arraigados en mí muchos errores de mi vida pasada que no creía que pudiera líbrame de ellos; me arrastraban los vicios, tenía malos deseos... Pero luego, con la ayuda del agua regeneradora, quedó lavada la miseria de mi vida anterior”.

¿Qué quiere decirnos san Cipriano? Sencillamente que no bastaba con sentir una atracción y tener un deseo, sino que es necesaria la acción de la gracia de Dios: lo que él experimentó, al recibir el Bautismo, no era ya el fruto de la tierra que él había cultivado, sino la acción del fuego del Espíritu Santo. Esto es lo que se nos olvida: que si lo que nos distingue como hijos de Dios es la caridad, este amor es lo que derrama Jesús sobre la Iglesia, que puede hacer a nuestra comunidad cristiana atrayente. Y esto es lo que sigue derramando Jesús. La Iglesia no tiene su fuerza en sí misma; siempre depende del amor de Cristo y de la acción del Espíritu Santo. Jesús, presente en la Eucaristía, nos sigue, por ello,

ofreciendo su amor, que es lo único que permite cumplir el mandamiento nuevo del Señor: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo.

Por ello, al igual que san Cipriano experimentó la fuerza de la gracia tras su bautismo, también a nosotros, que ya recibimos el Bautismo y la Confirmación la vida de Cristo Resucitado, la participación en la Eucaristía – Sacramento de iniciación cristiana- y en la vida de la Iglesia nos puede conducir a mostrar al mundo el amor de Dios. No está la fuerza en nosotros; está en Cristo. Y no se nos ocurra pensar que se debe únicamente a nuestro ejemplo el que otros, no cristianos o los alejados, lleguen a Cristo, se encuentren con Él y cambien su vida.

El Espíritu Santo, por esta razón, ocupa la vida de la última parte del tiempo de Pascua que va caminando poco a poco hacia Pentecostés, la fiesta a los 50 días de la resurrección del Señor. Hacia ella nos encaminamos con esperanza.

✠Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo, Primado de España